

Negros/as argentinos/as:

Desbordes del mestizaje
blanqueador en los *Diarios
del odio*, de Roberto Jacoby
y Syd Krochmalny

Argentine Blacks:

Overflows of whitening
miscegenation in *Diarios
del Odio* by Roberto Jacoby
and Syd Krochmalny

Julieta Karol Kabalin Campos*

Universidad Nacional de Córdoba

 <https://orcid.org/0000-0002-1616-8815>

DOI: <https://doi.org/10.15648/cl..36.2022.3852>

* Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), donde actualmente cursa la última etapa del doctorado en Letras. Es miembro del proyecto “Territorios y cuerpos en las escrituras latinoamericanas de entresiglos” y hace parte del programa “Escrituras latinoamericanas: literatura, teoría y crítica en debate (1990-2015)”, radicados en el Centro de Investigaciones María Saleme de Burnichon. En el ámbito docente, se desempeña como profesora adscripta en la cátedra Literatura Latinoamericana I, de la carrera Letras Modernas de la UNC. Sus últimas producciones son “Derivas críticas de los estudios sobre raza a partir de la experiencia del Período Especial” (2022) y “Disputando la nación: Cuti y su literatura negro-brasilera” (2021). Email: julietakabalin@gmail.com



Recibido: 27 julio 2022 * Aceptado: 27 octubre 2022 * Publicado: 22 noviembre 2023

¿Cómo citar este texto?

Kabalin Campos, J. K. (jul.-dic., 2022). Negros/as argentinos/as: desbordes del mestizaje blanqueador en los *Diarios del odio*, de Roberto Jacoby y Syd Krochmalny. *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, (36), 142-168. Doi: <https://doi.org/10.15648/cl..36.2022.3852>

Resumen

En el presente artículo propongo una lectura crítica de la instalación *Diarios del odio* y su homónima secuela literaria, a partir del reconocimiento de la raza (Quijano, 2000; Mbembe, 2016) como uno de sus articuladores principales de sentido. En este orden, busco entender la relación que existe entre el concepto “negro/a” —noción recurrente y problemática de estas producciones— y el discurso del mestizaje blanqueador, en su carácter de dispositivo colonial (Catelli, 2020). Esta indagación es movilizadora por la voluntad de entender en qué medida estas escrituras, que integran el campo de la cultura nacional contemporánea, participan del engranaje discursivo racial argentino.

Palabras clave: *Diarios del odio*, raza, Argentina negra, mestizaje, colonialidad

Abstract

We propose a critical reading of the installation *Diarios del odio* and its homonymous sequel to literature, based on the recognition of race (Quijano, 2000; Mbembe, 2016) as one of its main elements in the articulation of meaning. In this sense, we will seek to understand the relationship that exists between the concept “black”, a recurrent and problematic notion in these productions, and the discourse of whitening miscegenation, understood here as a colonial dispositif (Catelli, 2020). In addition, the paper aims to understand how these writings, which are part of the field of contemporary national culture, participate in the Argentine racial discursive gears.

Key words: *Diarios del odio*, race, Black Argentina, miscegenation, coloniality

En el año 2014 se inauguró la instalación *Diarios del odio* en la Casa de la Cultura del Fondo Nacional de las Artes. La propuesta artística de Roberto Jacoby y Syd Krochmalny (2015) consistió en la realización de un mural con frases odiantes, previamente extraídas de comentarios hechos por los lectores de dos diarios nacionales en sus versiones online.¹ Según los propios autores, la investigación y construcción de este corpus textual estuvo motivada por la percepción:

[de] la tolerancia social y jurídica respecto de la manifestación pública de expresiones de hostilidad radical: discursos racistas, clasistas, xenofóbicos, homofóbicos, incitaciones al genocidio y al magnicidio, expresiones derogatorias de los representantes legítimos de la voluntad ciudadana son publicadas día a día a través de los foros de Internet, tecnologías que permiten que miles de estas expresiones se hagan visibles sin responsabilidad alguna por parte de las empresas editoriales ni, desde luego, de sus anónimos redactores. (Jacoby y Krochmalny, 2015, p. 47)

Tanto el proceso de investigación y selección —periodo en el que se filtraron los comentarios que los lectores hicieron bajo ciertos presupuestos éticos y políticos— como la acción de montaje —procedimiento artístico en que el material recolectado se devuelve al ámbito de lo público— constituyen operaciones críticas desde las cuales se interpreta el discurso social (Angenot, 2010), dejando al descubierto algunas de sus aristas más intolerantes y destructivas.

En este sentido, el movimiento de “re-producción” propuesto por la instalación reconoce su límite en la lectura crítica que se desprende de la conceptualización de estas materialidades textuales como formas de odio, en tanto categoría afectiva aglutinante.² Es decir, la obra de arte es antecedida por un trabajo de archivo y constituye en sí misma un archivo donde se revisitan, indagan y reorganizan documentos que, en este caso, forman parte de un pasado reciente. Por tanto, el ejercicio archivístico propuesto —esto me remite a Mario Rufer (2016) acerca de la urgencia de entender el archivo como un campo dinámico de fuerzas del pasado y el presente en puja permanente— no constituye un

¹ Las declaraciones fueron recolectadas de foros de los diarios *La Nación* y *Clarín* en sus versiones digitales. Ambos periódicos de circulación nacional son los de mayor tirada y número de lectores en Argentina. En cuanto al recorte temporal, el año 2008 se estableció como punto de partida, fecha en la que coincidieron la crisis financiera global y el lockout agropecuario a nivel nacional. Estos eventos enfrentaron a parte del sector mediático —portadores de un discurso alineado a los grupos empresariales— con el Gobierno nacional, presidido en aquel momento por Cristina Fernández de Kirchner. Un año después, la sanción de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual profundizó esta oposición, dando lugar, por una parte, a acusaciones robustecidas sobre el autoritarismo y la tendencia censora del Gobierno; por otra, a la parcialidad y al poder monopolizado de los medios.

² Para una reflexión sobre el odio como afecto central del tiempo presente, recomiendo la lectura de Giorgi y Kiffer (2020) y García (2021).

simple registro/exposición de insultos y frases ofensivas, sino una respuesta cuestionadora ante el marco de violencia explícito que los medios digitales y las nuevas tecnologías propician al habilitar, sin ningún tipo de regulación propia o externa, espacios para la práctica abusiva de la palabra bajo la licencia del anonimato.

A partir de esta operación de archivo, el supuesto ejercicio de la libertad de expresión —principio democrático por excelencia— queda expuesto como muestra de la impunidad verbal con la que cuenta hoy el escritor digital. En este sentido, siguiendo a Gabriel Giorgi (2018), el gesto decisivo de esta propuesta no solo consiste en nombrar y trabajar “el odio como *afecto político* central en las democracias del presente” (s.p.), sino además reconocer que “ese odio es inseparable de una transformación de los modos de escribir” (s.p.). No obstante, en esa operación de archivo que la obra de arte despliega, también advierto un efecto de extrañamiento sobre el lenguaje cotidiano que resulta fundamental para poner en crisis las pretendidas características de fugacidad y espontaneidad del comentario virtual.

Por ello, la rearticulación entre escritura y democracia expuesta por los *Diarios del odio* es también la advertencia sobre las fuerzas —imaginarios, voluntades y acciones— pretendidamente clausuradas en un tiempo anterior, las cuales vuelven a colocarse en contienda discursiva; los deseos de permanencia y fijación de ciertas estructuras y privilegios, así como la revelación de fisuras, resistencias, irresoluciones y promesas incumplidas de un proyecto nacional, una vez más, desbordado.

Los quiebres en las lógicas de las versiones originales posibilitan el detenimiento y la reflexión sobre el carácter conceptual e histórico de esas formulaciones. Es en esta dirección que planteo los siguientes interrogantes a partir de mi lectura de los *Diarios del odio*: ¿los imaginarios que se traman y despliegan en estas nuevas formas de escritura revisten igual novedad que sus medios de circulación? ¿Qué sentidos, memorias y legados movilizan el uso de determinados términos, conceptos y nociones para la construcción del insulto y la expresión de odio? ¿Es posible rastrear las raíces del lenguaje de odio explorado por la instalación y su secuela literaria homónima? ¿Qué tramas sociales y discursivas tornan legibles y aceptables esas narrativas de alterización radical?

La hipótesis principal de este trabajo es que los *Diarios del odio*, en tanto repertorio y montaje crítico de una discursividad mediática marginal —es decir, dependientes de un texto base que será objeto del debate asincrónico propuesto por el formato del foro digital—, caracterizada por la circulación indiscriminada de opiniones ancladas en el sentido común, logra exponer la

vigencia de la lógica racial como un vector estructurante de nuestra sociedad. El modo en que la propuesta artística reconstruye esta particular muestra de un sector de la opinión pública visibiliza ciertos imaginarios racistas y sus estratégicas intersecciones clasistas, sexistas, machistas, etc., desde los cuales los sujetos se piensan a sí mismos y sostienen determinados patrones de alteridad. Por lo tanto, permite advertir las efectivas persistencias de la colonialidad (Quijano, 2000) en el contexto nacional argentino actual.

Como veremos, la recurrente aparición del término “negro” como uno de los núcleos conceptuales del odio es la evidencia que movilizó una lectura de las obras en clave racial. El presupuesto que sostiene este abordaje es el reconocimiento de una relación fundamental entre raza —en tanto lógica estructurante de la episteme moderno-colonial— y la categoría “negro”, como uno de sus signos de alterización privilegiados. Dicha relación —conceptualizada por Achille Mbembe (2016) como “razón negra”— evoca directamente a los múltiples procesos de fabricación de sujetos de raza como principal dispositivo de ordenamiento, jerarquización y dominación del sistema colonial, desde su momento fundacional hasta la actualidad.

Si bien, en su formulación, Mbembe apuntó a considerar la compleja y litigante constelación de materialidades, discursividades y prácticas que se articulan en torno a la definición del sujeto africano y sus descendientes, también advirtió la necesidad de estar atento a las reglas y las tecnologías concretas que están puestas a disposición para la producción del “negro” como figura suprema de exterioridad. Por lo tanto, no se trata de determinar un a priori constitutivo de la relación, sino de reconocer los permanentes devenires de la raza, procesos históricamente situados que producen y reproducen la diferencia colonial. Es en este diálogo que las particularidades del caso argentino —expuestas críticamente por los *Diarios del odio*— pueden revelar aristas sumamente interesantes. De este modo, la preocupación de este trabajo está orientada a entender las articulaciones que este concepto asume en el contexto específico de la trama colonial.

Por consiguiente, esta reflexión parte del reconocimiento de un *continuum* entre las lógicas de la conquista —sus violencias constitutivas y sus estructuras de poder— y las reconfiguraciones nacionales gestadas por los criollos latinoamericanos en el siglo XIX, como presupuesto fundamental para acceder a las disputas y las tensiones que atraviesan los procesos de subjetivación del tiempo presente. En este sentido, las reflexiones de Laura Catelli (2020) en torno al discurso del mestizaje en su carácter de dispositivo colonial resultan un punto de anclaje productivo para interrogar las disonancias de las narrativas nacionales en sus formulaciones contemporáneas y,

en este caso, los desbordes del mestizaje blanqueador argentino. Así pues, entender el mestizaje como dispositivo implica considerar su capacidad material e imaginaria de generar las condiciones y las estrategias propicias para que ocurran ciertos desplazamientos y transcripciones de poder/saber colonial. Asimismo, conlleva a reconocer sus heridas abiertas, latencias perturbadoras que develan sus horrores y arbitrariedades.

En esta dirección, considero pertinente recuperar la advertencia de Antonio Cornejo Polar (1998) acerca de la necesidad de poner bajo sospecha los lugares comunes en los que incurre la crítica cultural y literaria, y, con ello, la urgencia de indagar las metáforas conceptuales que operan en estos ámbitos con funciones encubridoras. Por tanto, si su énfasis crítico estuvo puesto sobre la categoría de mestizaje y algunas de sus derivaciones —consideradas por el autor como superadoras, entre ellas la hibridación y la transculturación—, en tanto formulaciones altamente ideologizadas, con tendencias falsificadoras y homogeneizadoras ante las tensas y conflictivas realidades latinoamericanas, entonces la atención en el término “negro” —categoría que la propia obra ofrece como núcleo problemático— busca complejizar la mirada sobre las perspectivas apaciguadoras que se generan a partir de concepciones que, explícita o implícitamente, enaltecen los procesos de mestizaje y sus efectos de blanqueamiento cultural.

Finalmente, esta indagación presenta la voluntad de entender en qué medida estas escrituras del presente, que integran el campo de la cultura nacional contemporánea, participan del engranaje discursivo racial argentino. Así, la lectura de los *Diarios del odio* funciona como un ejercicio crítico desde el cual el arte y la literatura son concebidos como espacios propicios para la generación y la actualización de debates que atraviesan la discursividad social. En este sentido, considerar la presencia problemática de nociones racializantes y racializadas —tal como se piensa la categoría “negro/a” en este trabajo— podría ayudar a entender de qué manera los lenguajes artísticos exponen y dinamizan las configuraciones racistas, sexistas y clasistas que, de modo interseccional, atraviesan el discurso social que estas escrituras integran. De esta manera, y en un movimiento inverso de razonamiento, sería posible pensar de qué modo las reconfiguraciones ficcionales en torno a lo negro —y otras potenciales nociones problemáticas— podrían generar un impacto sobre los propios dispositivos artísticos y literarios que, en tanto medios y objetos de disputa cultural, se redefinirían y resignificarían con ellas.³

³ Pensar arte y literatura en términos de dispositivo —siguiendo la definición de Gilles Deleuze (1990)— implica partir del reconocimiento del carácter inherentemente multilíneal de la compleja red en la que están implicados los discursos analizados. Con esta formulación, busco considerar el modo en que estas escrituras —vectores y tensores visibles del dispositivo— se integran en un campo de fuerzas donde lo que está en juego es el propio movimiento y disposición de las curvas de visibilidad y de enunciación que allí se definen.

El horizonte colonial de los *Diarios del odio*

Los murales de los *Diarios del odio* fueron construidos con la colaboración de diferentes personas que los autores convocaron, quienes fueron las encargadas de transcribir con carbonilla frases ajenas —mayoritariamente anónimas— sobre las paredes blancas que componían la instalación. Esta opción estética resulta significativa en al menos dos sentidos. Por un lado, el uso de la carbonilla ofreció la posibilidad de establecer una correspondencia con la volatilidad de los comentarios que ingresan en el mundo electrónico y, de este modo, realizar una crítica referente a la impunidad generada por la efímera participación ciudadana en lo que se evidencia como un espacio democrático quimérico. Por otro lado, el trazo y la caligrafía aportados por cada colaborador permitió reponer la individualidad y la humanidad de la escritura manual que el medio electrónico parecía suspender y, por lo tanto, romper el pacto bajo el cual se amparan este tipo de prácticas violentas: el anonimato. En este sentido, la estrategia de presentar diversas expresiones de odio —como se muestra en la Figura 1—, con sus objetos, motivaciones y temporalidades particulares, originalmente accesibles solo de modo singular y secuencial, de manera conjunta, descontextualizada y simultánea en el formato mural provoca otro efecto interesante. Con este dislocamiento material, se quiebran las lógicas temporales y espaciales que dieron sustento a cada frase en su contexto de enunciación original, quedando al descubierto las recurrencias y las conexiones de una trama común que excede al comentario individual.



Figura 1. S/D, 2014, *Syd Krochmalny Blog*. <http://sydkrochmalny.blogspot.com/2014/11/diarios-del-odio.html>

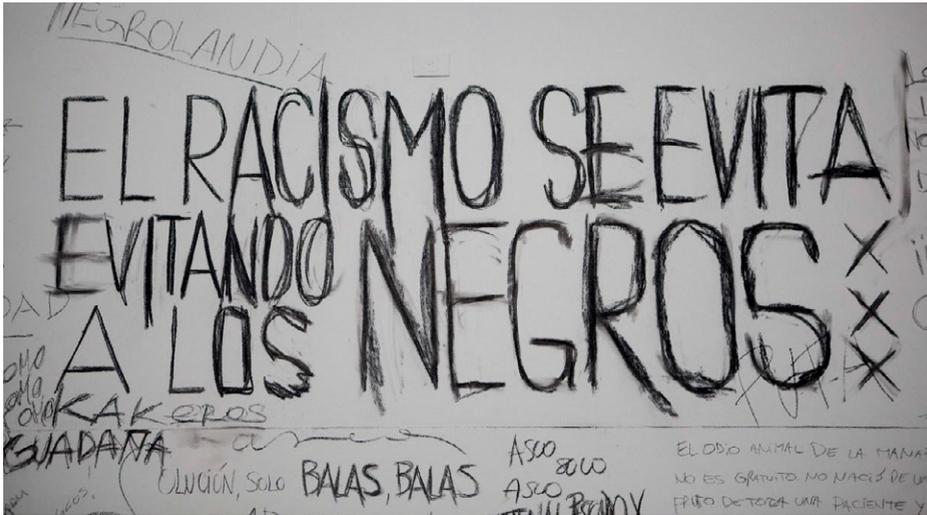


Figura 3. S/D, 2020, *Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti*, Facebook. <https://www.facebook.com/centroculturalconti/posts/3605169166174709/>

Los sufijos de los términos “negrópolis” y “negrolandia” permiten enfatizar, desde un recorte territorial, un vínculo de diferencia radical con ese otro que porta en el cuerpo la marca de la exclusión. Ciudad de negros o país/terra de negros son formas lingüísticas para fantasear los límites de un espacio donde habita lo indeseado y donde la violencia puede y, en cierto punto, requiere ser ejercida. Un país dentro del propio, lugar imaginario donde se habilita la masacre indiscriminada. Allí, en esta proyección necropolítica (Mbembe, 2011), bombas y balas pueden ingresar sin restricciones porque las leyes de la república y su sistema democrático quedan suspendidas.

Asimismo, construcciones como “negros cabeza” y “negras mucamas” — por nombrar solo dos de ellas— remitirían, en el imaginario dominante, a una distinción basada en diferencias socioeconómicas. Sin embargo, las bases raciales de estas definiciones se tornan patentes cuando se amplía el registro de su formulación. “Negro cabeza” o “cabecita negra” fueron términos elegidos para designar a los migrantes internos pobres que llegaron a la capital argentina durante la década del 40 en busca de mejores oportunidades laborales. Pero el énfasis de la diferenciación no está casualmente puesto en el color de esos cuerpos provenientes del interior que ingresaban a la ciudad capital. Los sujetos aludidos portaban, en sus pieles y cabellos, las marcas de un estigma social que los predeterminaba. Estas denominaciones constituían formas de nombrar aquello que era percibido como mácula corpórea —y, por lo tanto, reconocible a simple vista— en una territorialidad autopercibida blanca y europea.

de “colonialidad del poder” acuñada por Aníbal Quijano (2000), tan recurrida desde estos enfoques, constituye un esfuerzo teórico-crítico desde el cual se ha buscado reconocer las relaciones entre la conquista y los procesos de globalización contemporáneos.

En esta línea de reflexión, *Diarios del odio* logra exponer al discurso colonial —o al “archivo colonial” para Catelli (2018) — en su funcionamiento actual y, en consecuencia, evidenciar los efectos presentes de la organización moderno/colonial bajo patrones y lógicas raciales como ejes principales de clasificación social y la distribución de poder. Dicho de otra manera, torna visibles los borramientos estratégicos del imaginario colonial, aquellos que en definitiva posibilitan “la naturalización de nuevas/viejas formas de dominación” (Catelli, 2018, p. 147).

En esta línea y con intención de profundizar su percepción sobre la actualidad de los procesos coloniales, Rita Segato (2019) denominó “conquistualidad” al horizonte bélico, materializado en formas extremas de crueldad, que definiría desde su punto de vista el presente de toda América Latina:

las formas extremas de la crueldad que se expanden desde México, América Central y Colombia hacia el sur, su atmósfera dramática, caótica y crecientemente violenta, pueden ser atribuidas a la idea de que en nuestros paisajes la Conquista nunca se completó, nunca fue consumada, y es un proceso todavía en marcha. (p. 99)

En este orden de ideas, lo que la obra analizada parece señalar a partir del montaje propuesto es que dichas formas extremas, que vienen a ser legados irresueltos de la colonialidad, tienen un lenguaje propio. Así, la instalación artística posibilita acceder a esos discursos, pero ya no desde la cotidianidad neutralizadora, sino desde el extrañamiento estético-político que la obra de arte propone. Si la lógica que impera en el marco de la conquistualidad es de carácter bélico, el lenguaje constituye un espacio de disputa privilegiado. *Diarios del odio* lo confirma al configurarse simultáneamente como espacio de reproducción y rebeldía con respecto a sus sentidos hegemónicos.⁵

⁵ Cabe recordar algunas de las reflexiones de Gloria Anzaldúa (2016) que apuntan a reconocer la relación ambigua que el sujeto colonial mantiene con la lengua y, por ende, a advertir sus limitaciones —estigmatizaciones— y sus posibilidades —rebel-días—: “*Deslenguadas. Somos los del español deficiente*. Somos la pesadilla lingüística de ustedes, lo que les parece una aberración en el habla, su mestizaje lingüístico, el objeto de su burla. Como nosotras y nosotros hablamos con lenguas de fuego, se crucifica a nuestra cultura. Racial, cultural y lingüísticamente somos huérfanos, hablamos una lengua huérfana” (p. 108). “Así que, si de verdad quieres hacerme daño, habla mal de mi idioma. La identidad étnica es como una segunda piel de la identidad lingüística —yo soy mi lengua—” (p. 111).

Poética del odio y las trampas del discurso racial

En el año 2016 —dos años después de la inauguración de la instalación y en paralelo con una serie de reposiciones que duraron hasta el 2020—⁶, Jacoby y Krochmalny publicaron un poemario, una especie de secuela literaria que ofrece un nuevo modo de materializar y reorganizar —por lo tanto, de desarchivar y archivar— los comentarios odiantes de los diarios digitales.⁷ *Diarios del odio* está compuesto por 18 poemas que, individualmente, traman y proponen al lector posibles ejes desde los cuales agrupar y dar sentido a aquellas frases que, producidas por usuarios anónimos, podrían parecer exabruptos aislados y desconexos.

Aunque con las frases reproducidas en los murales ya era posible reconocer su carácter sistémico, en esta nueva propuesta, son implosionados los límites de la yuxtaposición, la repetición y la fragmentación que era ofrecida por la instalación. Con ello, se da lugar al flujo de una voz poética capaz de desentramar los nudos verbo-visuales inscriptos tanto en las paredes como en los muros virtuales, para tornarlos versos concatenables, sonoramente fluidos y coherentemente articulables.

Como los propios autores expresaron, resulta destacable que este nuevo ordenamiento permita reconocer que “el idiolecto del odio tiene una función estética que va desde las metáforas brutales (inmundas, orgánicas e infecciosas) hasta las construcciones verbales ingeniosas, propias de las invenciones del idioma popular y también del arte de la injuria” (Jacoby y Krochmanly, 2021, pp. 120-121). En este contexto, el odio racial y, en particular, el odio al negrose vuelven ejes principales de la poética, logrando explicitar de una manera más contundente aquello que quedó sugerido en las recurrencias y trazos destacados de los murales:

Querido negro de mierda:
 ahora entendés porque te trato así,
 ahora entendés que somos diferentes,
 entendés porque te quiero
 ver romperte la cabeza

⁶ Fondo Nacional de las Artes (2014), Buenos Aires; Centro de Expresiones Contemporáneas (2016), Rosario; Parque de la Memoria (2016), Buenos Aires; Universidad General Sarmiento, Gran Buenos Aires (2017); El Gran Vidrio (2017), Córdoba; Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti (2020), Buenos Aires.

⁷ Además de la instalación y el poemario, *Diarios del odio* encontró materialización teatral bajo la dirección de Silvio Lang y la actuación de la Organización Grupal de Investigaciones Escénicas (ORGIE). Si bien esta versión no es objeto de estudio en este trabajo, vale destacar la continuidad del proyecto iniciado por Jacoby y Krochmanly, así como las nuevas potencialidades críticas que aporta la propuesta escénica. Sobre este tema, consultar a Giorgi (2018) y a Lang (2021).

cuando vas en tu moto,
cuando me quieres limpiar un vidrio.
No es por tu color de piel,
sos una rata
y eso no se maquilla,
(...)
mañana cuando esto pase
voy a seguir marcándote con un dedo
señalándote
y diferenciándote
como el negrito de mierda que sos,
porque no vales ni un solo derecho humano.
(Jacoby y Krochmalny, 2016, p. 41)

Este fragmento nos coloca frente a la violenta base del discurso nacional, la cual se expresa a partir de una intensa voluntad de exterminio de la alteridad. El deseo que la voz poética imprime en su mensaje es construido desde la distinción que establece con su interlocutor directo, a quien elige denominar “negro de mierda”.

De acuerdo con Mbembe (2016), “raza” no debería entenderse simplemente como una estructura imaginaria —definida en términos de “ficción útil, construcción fantasmática o proyección ideológica” (p. 40) —, sino como una especie de armazón difícil de asir, capaz de cobijar “diversas figuras de saber; un modelo de extracción y de depredación; un paradigma de dependencia y las modalidades para superarla; y finalmente un complejo psico-onírico” (p. 39). Este conjunto variado de materialidades que Mbembe llamó “razón negra” es parte de una red sostenida por la lógica racial. Se trata de una “forma más o menos codificada de división y de organización de multiplicidades, de su fijación y distribución a lo largo de una jerarquía, y de su repartición en espacios más o menos estancos” (p. 79).

África y el negro son partes nucleares de este conjunto y, por ende, invenciones que responden a las necesidades del proyecto de extracción que propició Europa, dando lugar al orden moderno mundial. En consecuencia, más que caracterizarlos en tanto conceptos abstractos, Mbembe (2016) apuntó a reconocer el principio racial que fue capaz de producirlos y advirtió que “ambos son el resultado de un largo proceso de fabricación de sujetos de raza” (p. 83) que los colocó como expresión suprema de alteridad.

El negro, como primer sujeto de raza, nació durante el primer capitalismo, cuando las personas de origen africano fueron transformadas en uno de los principales objetos de intercambio del comercio triangular, el cual fue propiciado por la exploración atlántica de finales del siglo XV. Es decir, es el primer sujeto en ser despojado de su humanidad, para ser concebido y tratado como mercancía y moneda de cambio. Sin embargo, la “razón negra” también es definida en términos de disputa y de litigio, en la medida en que no solo se compone por las definiciones y las fabulaciones impuestas sobre la población africana y sus descendientes, sino por las más diversas respuestas que derivan de esta formulación primaria. Es una compleja constelación discursiva —voces, enunciados, saberes, comentarios, fabulaciones— configurada en torno a lo africano, en primera instancia, y a lo negro como la principal figura del delirio colonial.

Teniendo en cuenta estas reflexiones, propongo pensar el caso argentino como parte de la constelación que la razón negra configura. Esto implica reconocer no solo el silencio —mejor dicho, el silenciamiento de la población afrodescendiente— como parte de la sinfonía distorsiva que ha caracterizado al proyecto moderno global, sino también advertir el vínculo que existe entre este proceso y la consolidación de un imaginario nacional que siguió acudiendo a la negritud⁸ como figura de alteridad a pesar de su negación. Los *Diarios del odio*, como veremos, logran exponer estos vicios y trampas del discurso racial al convocar secuelas de ese proyecto homogeneizador imposible que es la nación.⁹

⁸ Opté por el uso del término “negritud” para tomar distancia del concepto de “negritud”, íntimamente ligado al movimiento liderado por Aimé Césaire durante la primera mitad del siglo XX, y restringido a una larga tradición artística e intelectual que se construyó a partir de él. De este modo, pretendo contemplar con mayor amplitud las disputas y las relaciones —complejas y en tensión— que se establecen en torno a “lo negro”, en tanto eje estructurante del pensamiento moderno-colonial y la lógica racial. En un sentido similar, y en analogía con el concepto de “indianidad”, Eduardo Restrepo (2013) planteó: “Ambos [conceptos] indican los discursos y prácticas de lo negro o de lo indio; sin confundir estos discursos y prácticas con la gente concreta que se identifica (o no) y/o que es adscrita como indígenas (o indios) o como negros (o afro, afrodescendientes, afrocolombianos, etc.)” (p. 26).

⁹ En este punto es pertinente enfatizar en la necesidad de considerar el término “negro/a” en su complejidad, así como de reconocer el carácter situado de nuestra reflexión. Contemplar el carácter litigante de la razón negra y la trama conceptual que la sostiene implica tener como presupuesto la inestabilidad y la versatilidad de dicho concepto como su categoría vertebral. En un marco de permanentes disputas, este asume un carácter polisémico e incluso contradictorio, dado que sus sentidos varían según los contextos e intencionalidades desde los cuales es accionado. Como lo demuestra este trabajo, el término “negro/a” en el contexto argentino está cargado de sentidos agraviantes, muchas veces intencionalmente racistas o clasistas. Sin embargo, en determinados marcos de enunciación y situaciones específicas, el término puede ser utilizado con matices positivos e incluso cariñosos. Respecto a esta problemática resulta enriquecedora la discusión propuesta por Ezequiel Adamovsky (2017), quien analizó los orígenes y los significados de la noción “negro” como término afectuoso, también estudió su ambivalencia en el contexto del proceso de la etnogénesis de Argentina, para finalmente proponer que este desvío operaría como resistencia a las presiones blanqueadoras de la nación. Además, desde su lectura, el fenómeno analizado problematiza ciertos lugares comunes del discurso latinoamericano en torno al mestizaje y la hibridez. Es justamente en este sentido que considero imperativo seguir cuestionando —incluso en los casos en los que no existen intenciones insultantes o despectivas— en qué medida la utilización de la categoría “negro/a” puede conllevar a la reproducción de ciertas cargas semánticas o simbólicas que dan cuenta del vínculo constitutivo que la categoría establece con el proyecto moderno-colonial y su lógica racial. Pensemos, por ejemplo, en continuidades problemáticas que pueden generarse del uso de una noción que —remitiendo o no a distinciones fenotípicas— ha servido históricamente para marcar, desplazar y descartar —en casos extremos— ciertos cuerpos de la vida político-social de la nación. O bien en el riesgo de que algunos usos afectuosos puedan acabar reproduciendo connotaciones paternalistas que sirvieran para fortalecer vínculos de dominación colonial encubiertos bajo figuras cuestionables, como las del amo benevolente y el buen esclavo, o incluso en la posibilidad de que los usos afirmativos de la noción también puedan implicar un giro crítico potente para reconocer dichas permanencias, y, por tanto, un llamado de atención sobre la necesidad de colocar en agenda el debate racial.

En el poema “Negros de KK”, la categoría “negro” sirve como insulto político antikirchnerista —aquí la letra “k” remite al apellido de los líderes partidarios Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner; y, por efecto fonético, en su repetición se habilita la proposición escatológica del nombre— y, consecuentemente, nos remonta a una fuerte tradición antiperonista que supo construir un particular imaginario de alteridad en torno a la idea del “cabecita negra”. Sin embargo, antes de considerar los aspectos específicos de esta relación, quisiera llamar la atención sobre algunos trazos que permiten introducir ciertas complejidades generales del contexto racial argentino.

Para quienes hemos nacido y crecido en Argentina, o para quienes han tenido la oportunidad de pasar algún tiempo aquí, es sabido que “negro/a” constituye uno de los insultos predilectos de la discursividad nacional. Ahora bien, es en la aclaración “no es por tu color de piel” donde debemos buscar la clave de esta construcción particular. A pesar de la animalización —“sos una rata”—, la deshumanización —“no vales ni un solo derecho humano”— y la segregación —“marcándote”, “señalándote”— explícitas —pues son huellas evidentes del carácter racial de la estigmatización—, el yo poético se muestra preocupado por aclarar que su acto odiante no está vinculado a un prejuicio “epidérmico-racial” (Fanon, 2009; De Oto, 2017).

Para muchos, pensar en una Argentina negra puede parecer inconsistente o paradójal. En efecto, la idea de que este es “un país sin negros”¹⁰ forma parte de un imaginario compartido por locales y extranjeros. El proyecto de una nación moderna —la cual estuvo impulsada por intelectuales y dirigentes políticos durante la segunda mitad siglo XIX, en lo que finalmente se constituyó como la República Argentina— tuvo importantes consecuencias simbólicas y materiales sobre su configuración poblacional. En este caso, a la efectiva disminución de la población afrodescendiente —causada principalmente por muertes en combates bélicos, decesos por enfermedades y bajas tasas de natalidad de este grupo—; se sumaron políticas inmigratorias que impulsaron un crecimiento exponencial del porcentaje europeo y eurodescendiente (Reid Andrews, 1989).

Este tipo de medidas y otras menos evidentes —como la manipulación de datos censales— estuvieron acompañadas por un exitoso proceso de blanqueamiento cultural que logró marginar, estigmatizar e intentar silenciar todo aquello que no respondiera al modelo blanco-europeo erigido como

¹⁰ Entre las investigaciones que problematizan esta extendida afirmación se encuentran las siguientes: Adamovsky (2012b), Frigerio (2006), Geler (2016), Ghidole (2015), Lamborghini y Geler (2016), Picotti (1998), Pooson (2007) y Solomianski (2003).

parámetro de civilidad (Margulis y Urresti, 1999; Solomianski, 2003). Es decir, la idea de una Argentina blanca —o sin negros— debe entenderse como una de las secuelas exitosas del proyecto criollo nacional que, basado en lógicas y hábitos coloniales como el mestizaje carnal (Catelli, 2020) y la limpieza de sangre (Castro Gómez, 2005), construyeron una narrativa pretendidamente neutral de la desaparición de esas otredades no-blancas, donde el mestizaje —tal como ocurre con la exitosa metáfora nacional del crisol de razas, consolidada por pensadores como Ricardo Rojas o Carlos Bunge a principios del siglo XX—¹¹ funcionaría como figura de armonización y unificación racial. En otros términos, podríamos hablar de la efectividad del colonialismo interno (Rivera Cusicanqui, 2010) como mecanismo de reconfiguración del horizonte colonial, en el marco de formación del Estado-nación argentino.

Un segundo aspecto a la hora de abordar el caso argentino, aunque pueda parecer contradictorio, se vincula con la apabullante presencia del significativo “negro” como uno de los términos predilectos en este marco discursivo para nombrar la alteridad. Expresiones como “negros de mierda”, “cosa de negros”, “negrada”, “negrear”, “negro villero”, “negro de alma, no de piel”, “negro choro”, “negro sucio” etc. forman parte de una discursividad racista raramente problematizada en el contexto nacional.

El uso del término negro excede ampliamente el de la designación de sujetos de origen afrodescendiente y, desde un sentido común muy afianzado, se suele defender que estas designaciones no están dirigidas a afirmar diferencias raciales —“de piel”—, sino sociales o de clase. En el contexto argentino, “negro” es un término sumamente versátil con el que se puede nombrar todo aquello que no coincide con el modelo blanco-europeo exaltado por la narrativa nacional dominante, y que, por el contrario, ha servido para denominar de modo estigmatizante lo que, por lo general, escapa a los parámetros morales, estéticos y epistemológicos euro-occidentales. Entonces, cabría preguntar: ¿es posible pensar la diferencia social o clasista sin considerar el sustrato racial que ha organizado el mundo moderno-capitalista? (Quijano, 2000; Mignolo, 2000) ¿Por qué es “negro” y no cualquier otro significativo aquel que fue capaz de aglutinar los sentidos de una otredad indeseada y estigmatizada en el contexto nacional?

¹¹ Adamovsky (2009) explicó que la idea del crisol de razas fue un mito elaborado por los pensadores nacionalistas durante la época del Centenario. Este mito permitió generar la idea de una pertenencia común, basada en un sentimiento patriótico, ante la percepción de una heterogeneidad étnica y cultural amenazante para la pretendida unidad nacional: “La imagen sugería que todos los grupos étnicos que habitaban la Argentina, viejos y nuevos, se habían fusionado perfectamente y habían generado una ‘raza argentina’ más o menos homogénea. Podría parecer que esta idea ponía fin al agresivo racismo que (...) profesaba la élite que había creado el Estado nacional. Sin embargo lo que sucedió fue lo contrario: el racismo abierto del siglo XIX continuó como un racismo *velado* gracias al ideal del crisol” (p. 63).

“Argentina negra”: desbordes del mestizaje como dispositivo blanqueador

El trabajo de Catelli (2017) invita a pensar en los conceptos raciales como “modelos culturales” y no solo como lugares comunes del discurso latinoamericano, a fin de entender de qué manera estos “hasta hoy han sido cruciales en naturalizar dinámicas sociales jerárquicas, racistas y clasistas en nuestros países” (p. 131). De allí que reconozca, junto a la autora, la necesidad de mantener como imperativo crítico la sospecha sobre los lazos coloniales y los efectos de la colonialidad del poder que la existencia y circulación de estas nociones revelan.

Ahora bien, ¿qué lugar ocupa el arte, en general, y la literatura, en particular, en esta zona problemática de la dinámica cultural del presente? ¿Qué tipo de lazos y efectos coloniales mantienen/exponen las propuestas literarias contemporáneas cuando echan mano de conceptos raciales —entre ellos “negro”, “mestizo”, “indio”, “morocho”— como sus articuladores principales de sentido? ¿Cuál es el rol que estas discursividades cumplen en los procesos de formación racial de los que son partícipes? ¿Qué indicios aportan sobre el papel que cumplen estas nociones entendidas como modelos culturales y/o parte de los dispositivos —estrategias y efectos— del colonialismo (Catelli, 2017, p. 146)?

En el caso de *Diarios del odio*, si la instalación fue capaz de reponer, en el trazo único de los colaboradores, cierta individualidad al comentario que se disolvía en la masa homogeneizadora de la letra digital; la propuesta poética propone una lectura más dirigida de esas frases que, sacadas de su contexto original, ya habían provocado un extrañamiento del lenguaje y del sentido común. Se trata de un movimiento interpretativo que logra perpetuar —en el sentido de registrar y construir memoria— ensamblajes particulares de los comentarios odiantes y, de este modo, iluminar aspectos clave de la trama epistémica que los sostiene. Como mencioné, el odio racial es uno de los núcleos de la propuesta artística original. Pero ¿de qué manera este factor es desplegado desde las posibilidades habilitadas por el lenguaje literario?, ¿qué efectos son generados desde los montajes propuestos en cada uno de los poemas?

El poema “Argentina negra” comienza con la afirmación de un yo poético que asume el racismo como su lugar de enunciación: “Me confieso racista, / no por maldad, / simplemente está en mi / código cultural. / La clase media argentina / tiene sus raíces en Europa / y se enorgullece de ellas” (Jacoby y Krochmanly, 2016, p. 11). Aunque esta especie de declaración es colocada en términos de confesión —palabra performática que suele

implicar el reconocimiento de una falta moral o penal—, está lejos de configurarse como una manifestación autocrítica del yo. Por el contrario, con ella, el racista autoproclamado busca definir su posición ideológica como una condición inexorable y, por lo tanto, inimputable. Así, se asume abiertamente la creencia de la superioridad racial a partir de una justificación de orden cultural.

Desde la perspectiva presentada, el racismo configura un código que antecede y predetermina al sujeto en cuestión. De este modo, el yo no solo consigue naturalizar las consecuentes acciones discriminatorias que su posición supone, sino que lo hace desde una orgullosa vinculación con una comunidad y una tradición particular. Lo interesante es que, si bien se apela a una categoría socioeconómica —“la clase media argentina”—, la relación es inmediatamente vinculada a un supuesto origen europeo común, que no solo generaría el sentido de comunidad de ese grupo, sino que además es destacado como motivo de orgullo por el enunciador.

Tal como lo explicó Ezequiel Adamovsky (2012a), en Argentina, la categoría “clase media” ha servido para anudar una serie de sentidos que suelen corresponderse con los de la identidad nacional. Su surgimiento —generalmente asociado con la llegada de los grandes aluviones migratorios acontecidos entre 1880 y 1920— formó parte de las estrategias de distinción que le permitió a ciertos sectores no provenientes de las élites diferenciarse de los grupos marginalizados por el proyecto nacional. Aunque como grupo resulta difícil de delimitar, éste se reconoce en un lugar intermedio entre la clase obrera y la oligarquía, y se autoadjudica un protagonismo fundamental en la historia nacional: en términos morales, serían dignos de respetabilidad —su vínculo parental con Europa viene a respaldar su legitimidad en este sentido— y, en el plano productivo, verdaderos propiciadores del progreso y la modernidad.

El orgullo de clase que es expresado en el poema remite a este imaginario nacional que no se reduce a una mera posición económica. A partir de este posicionamiento inicial, a lo largo del poema se encuentra una serie de prejuicios y marcas estigmatizantes dirigidas a sujetos o grupos sociales que, en oposición a ese yo-blanco —como el título lo anticipa—, se definen por su negritud. Advierto dos configuraciones de esa alteridad: el negro extranjero y el negro local.

En “Argentina negra”, un primer grupo de alteridad se construye en torno a la figura del “negro africano” como una amenaza exterior que irrumpe en un orden establecido. Lo ilegal, lo falso y lo animal emergen como

aspectos definitorios de esa otredad que, desde la visión autolegitimante del yo, pondría en riesgo el funcionamiento normal de una vida económico-social preexistente. Para el ojo racista, son cuerpos que “molestan”, existencias “parasitarias”, presencias potencialmente destructivas y, por lo tanto, despreciables. Los cuerpos negros, ya sea como agentes pasivos o activos, son vistos como corruptores de los espacios que habitan. El espacio público de la ciudad es invadido por “...negros africanos / vendedores ambulantes” y “negras (...) todas prostitutas” (Jacoby y Krochmanly, 2016, p. 11). Cuando no es cosificado, el negro es visto como una amenaza potencial, agente del mundo criminal o del fanatismo religioso. Como constante, se revela la aversión y el miedo al negro (Fanon, 2009).

En el segundo grupo se ubican los “wachiturros” o “guachines”, esa “raza ‘fatto in casa’” de la que el yo quiere diferenciarse, y la cual se configura como el enemigo interno de la sociedad reivindicada como propia. Resultado de una mezcla que “combina lo peor de varias etnias” (Jacoby y Krochmanly, 2016, p. 12) puede leerse como la versión fallida del crisol de razas enaltecido por el discurso nacional. Se trata de un mestizaje que no solo revela la presencia de los sujetos negados por la historia nacional, sino que también acusa el parentesco con la historia continental. Como figura amenazante, el negro local genera una proyección latinoamericana indeseada: “van a convertir a la Argentina / en una mezcla de Honduras y Venezuela” (p. 12). Por ello, el uso del italiano para nombrar la alteridad no resulta una opción arbitraria. Al contrario, es una opción afín a la identificación eurocentrada del enunciador.

Para Catelli (2017), someter el mestizaje al método arqueológico implicaría, por una parte, tomar la conquista como punto de partida; por la otra, hacer visible las prácticas e imaginarios que dieron lugar al discurso del mestizaje desde una perspectiva criolla en el contexto de formación de los discursos nacionales (p. 134). En este sentido, puede pensarse aquí en la categoría “negro” como una de las actualizaciones del dispositivo, en tanto responde a la lógica de la racialización jerarquizada que precedió al surgimiento del propio concepto de mestizaje en el siglo XIX. Pero, por otro lado, este entramado conceptual cuyo núcleo es la negritud puede ser entendido como resultado de una alterización requerida por los procesos de homogeneización nacionales, donde el mestizaje ha cumplido un rol fundamental.

En el poema “Argentina negra”, ante la ilegitimidad configurada en torno a estas dos versiones de la negritud y en un gesto propio del colonizador, el yo poético se autoproclama representante del ser nacional: de su futuro, en tanto portavoz de los que reconoce como los “descendientes de los verdaderos argentinos” y de su pasado, como defensor del legado de los que llama

“nativos de esta tierra”. Esta definición falaz y hasta irrisoria, donde incluso lo “nativo” se resignifica ignorando las formulaciones más esencialistas de lo nacional —en las cuales el término permitió encapsular lo indígena a un pasado remoto, clausurado y pre-civilizatorio—, no hace más que reforzar de manera grotesca las formulaciones de un proyecto de nación que se erigió bajo una lógica de invisibilización y exterminio de sujetos, sociedades y formas de vida que le eran preexistentes y que continuaron siendo contemporáneas.

El poema concluye con una especie de sentencia que no distingue entre las negridades anteriormente reconocidas: “El problema no es de raza, es de especie, / blancos y negros no somos de la misma. / El racismo se evita / evitando a los negros” (Jacoby y Krochmanlny, 2016, p. 12). El racismo explícito explorado en el poema termina con un postulado contundente que, a modo de máxima, sintetiza la posición ideológica del yo. Lo que en un primer momento intentó ser explicado en términos culturales, en esta instancia, encuentra un fundamento “natural” que se pretende incontestable: negros y blancos estarían separados por una condición biológica extrema.

La especie, como unidad de clasificación, remite a un nivel que incluye al racial y que, por ende, resulta aún más radical. Es decir, incluso la transcripción biopolítica del criollismo decimonónico —basada en una concepción evolucionista de la humanidad donde el sistema racial permitió establecer jerarquías en una misma línea evolutiva— resulta inoperante. En esta instancia, la visión especista asumida, apela a un mecanismo de naturalización de la diferencia que directamente niega la condición humana del otro —la misma lógica de clasificación que otrora justificó el comercio esclavista, por ejemplo—, tornando inadmisibile la interacción y el entendimiento entre ambas formas de vida.

Los *Diarios del odio* exponen el funcionamiento de un mecanismo doblemente perverso de la formación racial argentina: al mismo tiempo que niega la existencia de sujetos negros —afro— históricamente marginalizados y deshumanizados en el marco del capitalismo global, afirma la diferencia racial a partir de la perpetuación de un nombre que se quiere vacío y sin historia. Anticipando de alguna manera el diagnóstico de Mbembe (2016) acerca del momento actual del capitalismo, considero que la discursividad argentina explorada en estas escrituras del presente revela la prescindibilidad del cuerpo africano y/o afrodescendiente para la fabricación del “negro”. La permanencia del término, al igual que su constante actualización como signifiicante que nombra una alteridad que se asume despreciable y desechable, evidencia como estrategia la supervivencia de la carcasa y la extrapolación de la lógica racial a nuevas relaciones de poder.

Argentina deviene negra en estas escrituras que arrojan luz sobre los silencios, las distorsiones y las exclusiones del discurso blanqueador hegemónico. Partiendo de esto, propongo tener en cuenta la formulación histórica del “negro argentino” como una de sus derivaciones; es decir, como parte del entramado discursivo que produce y habilita las diversas significaciones del mestizaje y sus funciones encubridoras. Con esto intento decir que la permanencia y la constante actualización de la categoría “negro” en el contexto argentino no puede concebirse como un acontecimiento aleatorio de la lengua. Sus usos cobran sentido en una particular economía de cuerpos, saberes y culturas. No se trata de un signo que haya quedado sin cuerpo —aunque esta fuera la pretensión y la disposición política del proyecto nacional cuando se propuso extinguir discursiva y materialmente a los africanos y afrodescendientes de su historia— ni mucho menos que ante esa supuesta ausencia haya derivado un significante vacío utilizado para nombrar otra forma de existencia, otro cuerpo que está allí sin más, esperando ser designado.

Aunque esto parecen sugerir enunciados arraigados en el sentido común de la sociedad argentina —como la idea de que en “Argentina no hay racismo porque no hay negros” o que el término en cuestión solo se recupera para designar “negros de alma y no de piel”—, estas reconfiguraciones de la noción develan aspectos muy siniestros de la trama idiosincrática nacional. Para empezar, que la negación del africano y sus descendientes no implica la desaparición de los mitos y la fabulaciones en torno a ellos. Pero, sobre todo, que estas concepciones no solo justifican y amparan la generación del mito de su desaparición, sino que también perduran y se fortalecen como marcos cognitivos desde los cuales ver y reconocer la diferencia social y cultural en su sentido más extendido.

Que en Argentina la ideología del mestizaje no se construya en torno al término “mestizo” y que su aplicación gire en torno a otras metáforas —como el de crisol de razas— no resulta tampoco un dato menor. El mero uso del término “mestizo” como metáfora del ser nacional hubiera implicado reconocer —aunque fuera de manera limitada y desde una perspectiva apaciguadora— el mestizaje de sangre o carnal; es decir, la integración del indio a la trama nacional. Aquí, el mito de la mezcla no admite el cruce con la alteridad india o negra y, por ello, se erige en torno al intercambio endogámico entre europeos, blancos que, como afirma otro de los mitos nacionales, “descendieron de los barcos” —por supuesto, sin considerar los utilizados para la trata esclavista o aquellos que permitieron el ingreso de poblaciones no-europeas durante los diversos procesos inmigratorios a lo largo de la historia— para crear una nueva nación.

A modo de cierre

La idea del desborde que presenté en el título es la metáfora a la que recurrí para indagar las escrituras en las que podrían advertirse formas de asumir estratégicamente la estigmatización de la formación racial en el contexto argentino, o bien gestos estéticos que evidenciarían la matriz racista y los encadenamientos colonialistas de la formación nacional. Esta aproximación a *Diarios del odio* ha permitido reconocer la capacidad que tienen ciertos discursos artísticos para constituirse como espacios para el despliegue estético-conceptual de determinadas nociones, las cuales configuran los entramados raciales estructurantes de aquellas discursividades sociales que se erigen sobre la matriz moderno-colonial en la que el mestizaje funciona como uno de sus dispositivos predilectos de saber/poder.

En tal sentido, la escritura artística se presenta como una zona de la cultura en permanente tensión, donde el lenguaje es medio y fin para reforzar pactos —coloniales, nacionales, identitarios, civiles, culturales, etc.— y poner otros en crisis. Si, por un lado, los discursos literarios pueden ser espacios funcionales a ciertos órdenes dominantes cuando en y por ellos se despliegan recursos que reproducen esquemas que les son constitutivos, al mismo tiempo —como ocurre con *Diarios del odio*— pueden ser territorios de expansión cuando los límites y fronteras se desdibujan, cuando las tramas normativas se desarticulan dando lugar a nuevas posibilidades ético-estéticas de ser y estar en el mundo.

En el caso del poemario analizado, ese nuevo habitar de y en el lenguaje tiene un impacto sobre la propia configuración política de la nación al visibilizar las tramas de odio que engendra y, a su vez, la sostienen. De este modo, las formulaciones de una comunidad selectivamente mezclada que daría origen al ser argentino, y esa narrativa hegemónica del crisol de razas blancas o blanqueadas es fisurada cuando se pone en evidencia la maquinaria discursiva desde la cual se produce esa otredad negra.

Si el mestizaje logra imponerse como discurso dominante durante los procesos de formación y afianzamiento de los diversos proyectos nacionales latinoamericanos, en el caso argentino —sobre todo a partir de la formulación del mito del crisol de razas europeas— lo “negro” parece configurarse como enunciado predilecto para la revelación de lo irresuelto, de aquello que el dispositivo no ha podido asimilar y que resiste ante el ponderado blanqueamiento nacional. En otras palabras, lo negro —con sus formulaciones diversas y sus complejas derivaciones— puede considerarse vestigio irresoluble de las estructuras coloniales en el ámbito de la nación y sus sucesivas reestructuraciones.

“Negro” es el nombre colonial con el que se designó al sujeto africano y sus descendientes, pero también constituye toda la carga semántica múltiple y compleja que ese significante —resbaladizo, escurridizo o flotante, como señaló Stuart Hall (2019) sobre el concepto de raza para enfatizar su carácter discursivo— ha logrado acumular hasta nuestros días. En su actualización permanente, también se ha constituido como parte complementaria del dispositivo de mestizaje al presentarse con la capacidad de nombrar aquello que este no ha logrado absorber y que solo admite —y en alguna medida demanda— como exterioridad. Con él, se designa tanto al extranjero como al enemigo interno, todo lo que la mismidad criolla argentina, en su afán europeizante y blanqueador, ha querido dejar siempre por fuera de la nación.

Si, como apuntó Catelli (2020), el mestizaje es un complejo dispositivo funcional a la persistencia de mecanismos y formas de la dominación colonial, “negro” es a la vez huella y, por consiguiente, evidencia de esa continuidad, así como desborde o derrame lingüístico de una realidad que no puede domesticar. Es decir, en tanto categoría, responde a un determinado esquema de ordenamiento de los cuerpos por el cual “negro/a” fue fijado como signo de sub-humanidad. No obstante, como complejo semántico abierto, es manifestación de la tensión y la contradicción permanente. Su odiosa pronunciación manifiesta una hendidura en el discurso social. Este es el reconocimiento de la existencia de los cuerpos que el dispositivo expulsa, quiere silenciar e incluso exterminar. Su nombramiento es, como lo revela *Diarios del odio*, predominantemente ligado al insulto y la expresión de odio y, en este sentido, implica la revelación de la impronta destructiva que lo atraviesa.

Referencias

- Adamovsky, E. (2012a). *Historia de la clase media argentina: apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*. Buenos Aires: Planeta.
- Adamovsky, E. (2012b). El color de la nación argentina. Conflictos y negociaciones por la definición de un ethnos nacional, de la crisis al Bicentenario. *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 49(1), pp. 343-364.
- Adamovsky, E. (2017). Ethnic nicknaming: “negro” as a term of endearment and vicarious blackness in Argentina. *Latin American and Caribbean Ethnic Studies*, 12(3), pp. 273-289. <https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/17442222.2017.1368895>
- Angenot, M. (2010). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Anzaldúa, G. (2016). *Borderlands/La frontera: La nueva mestiza*. Madrid: Capitán Swing Libros.
- Assis Junior, A. (1952). *Dicionário kimbundu-português, linguístico, botânico, histórico e corográfico*. Toronto: University of Toronto.
- Castro Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e Ilustración en la Nueva Granada (1750- 1816)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Catelli, L. (2017). Imaginar la formación racial en América Latina a contrapelo del mestizaje y la colonialidad del poder. En R. Conti (Ed.), *Perspectiva descolonial: conceptos, debates y problemas* (pp. 131-152). Mar del Plata: EUEM.
- Catelli, L. (2018). Lo colonial en la contemporaneidad. Imaginario, archivo y memoria. *Tabula Rasa*, 29, pp. 133-156. <https://doi.org/10.25058/20112742.n29.07>
- Catelli, L. (2020). *Arqueología del mestizaje: colonialismo y racialización*. Temuco: UFRO/CLACSO.
- Cornejo Polar, A. (1998). Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 47, pp. 7-11.
- De Oto, A. (2017). Cuerpos y corporalidades coloniales. Una aproximación fanoniana al presente. En R. Conti (Ed.), *Perspectiva descolonial: conceptos, debates y problemas* (pp. 107-130). Mar del Plata: EUEM.
- Deleuze, G. (1990). ¿Qué es un dispositivo? En É. Balibar, G. Deleuze, H. L. Dreyfus, M. Frank, A. Glüscksmann, G. Lebrun, M. Morey, J. Rajchman, F. Wahl, R. Bellour et al., *Michel Foucault, filósofo* (pp.155-163). Barcelona: Gedisa.
- Fanon, F. (2009). *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Akal.
- Frigerio, A. (2006). “Negros” y “blancos” en Buenos Aires: repensando nuestras categorías raciales. *Temas de patrimonio cultural*, 16, pp. 77-98.
- García, L. (2021). *La Babel del odio. Políticas de la lengua en el frente antifascista*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Geler, L. (2016). Categorías raciales en Buenos Aires: negritud, blanquitud, afrodescendencia y mestizaje en la blanca ciudad capital. *Runa*, 37(1), pp. 71-87.
- Ghidole, M. (2015). *Representaciones y autorrepresentaciones visuales de afroporteños en el siglo XIX*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Giorgi, G. (2018). La literatura y el odio. Escrituras públicas y guerras de subjetividad. *Revista Transas. Letras y artes de América Latina*. https://www.researchgate.net/publication/324680693_La_literatura_y_el_odio_Escrituras_publicas_y_guerras_de_subjetividad

- Giorgi, G. Y Kiffer, A. (2020). *Las vueltas del odio: gestos, escrituras, políticas*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- González, L. (2020). *Por um feminismo afro-latino-americano: ensaios, reflexões e diálogos*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Hall, S. (2019). *El triángulo funesto. Raza etnia nación*. Madrid: Traficante de sueños.
- Jacoby, R. Y Krochmalny, S. (2015). Medios y miedos. Algunas reflexiones sobre las manifestaciones de odio en los grandes medios electrónicos. *Estrategias – psicoanálisis y salud mental*, 3, 4, pp. 6-48. <https://revistas.unlp.edu.ar/Estrategias/article/view/2102/2005>
- Jacoby, R. y Krochmalny, S. (2016). *Diarios del odio*. Buenos Aires: n direcciones.
- Jacoby, R. Y Krochmalny, S. (2021). La hoguera digital. De los discursos del odio a la hostilidad global abierta. En L. García (Comp.), *La Babel del odio: políticas de la lengua en el frente antifascista* (pp. 115-165). Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Kabalin Campos, J. (2021). Disputando la nación: Cuti y su literatura negro-brasilera. En N. Calomarde (Coord.), *Territorialidades latinoamericanas. Ensamblajes de materialidades y vitalidades en la escritura* (pp. 279-302). Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Kabalin Campos, J. (2022). Derivas críticas de los estudios sobre raza a partir de la experiencia del Período Especial. En A. González Bazúa (Coord.), *Período Especial en Cuba. Estudios entrecruzados de la crisis* (pp. 149-176). México: Universidad Nacional de México.
- Lamborghini, E. y Geler, L. (2016). Presentación del debate: Imágenes racializadas: políticas de representación y economía visual en torno a lo “negro” en Argentina, siglos XX y XXI. *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, 6(2), pp. 1-14.
- Lang, S. (2021). Diarios del odio. Diarios del macrismo. En L. García (comp.), *La Babel del odio. Políticas de la lengua en el frente antifascista* (pp.167-205). Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Margulis, M. y Urresti, M. (1999). *La segregación negada*. Buenos Aires: Biblos.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Madrid: Melusina.
- Mbembe, A. (2016). *Crítica de la razón negra*. Buenos Aires: Futuro Anterior.
- Mignolo, W. D. (2000). La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad. En E. Lander (Ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latino-americanas* (pp. 34-52). Buenos Aires: CLACSO.

- Picotti, D. V. (1998). *La presencia africana en nuestra identidad*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Pooson, S. (2007). *La historia silenciada*. New York: Edwin Mellen Press.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En A. Quijano, *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (pp. 777-832). Buenos Aires: CLACSO.
- Reid Andrews, R. (1989). *Los afroargentinos de Buenos Aires*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Restrepo, E. (2013). *Etnización de la negritud: invención de las comunidades negras en Colombia*. Popayán: Universidad del Cauca. <https://www.aacademica.org/eduardo.restrepo/2.pdf>
- Rivera Cusicanqui, S. (2010). *Violencias (re)encubiertas en Bolivia*. La Paz: Piedra Rota.
- Rufer, M. (2016). El archivo: de la metáfora extractiva a la ruptura poscolonial. En F. Gorbach y M. Rufer (Coords.), *(In) Disciplinar la investigación: Archivo, trabajo de campo y escritura* (pp. 160-18). México: Siglo XXI.
- Segato, R. (2019). Las nuevas formas de la guerra y su correlato de expansión de la escena paraestatal. *Plural, Revista semestral de la Asociación Latinoamericana de Antropología*, 3, pp. 63-70. <https://asociacionlatinoamericanadeantropologia.net/revistas/index.php/plural/article/view/76>
- Solomianski, A. (2003). *Identidades secretas: la negritud argentina*. Rosario: Beatriz Vierbo.